

te al anfiteatro, y algunos cristianos que los seguian, les ofrecieron un licor capaz de sostenerlos. Pero como era día de estacion y no eran mas que las diez, respondió San Fructuoso: "Todavía no es hora de quebrantar el ayuno." Esto manifiesta con qué exactitud se observaba el ayuno los viernes, cuando se creia quebrantarle bebiendo. Recogieron los fieles con cuidado las reliquias de los mártires, y las enterraron en la iglesia debajo del altar. Por un sermón de San Agustín se sabe que el día de su aniversario se leian las actas de su martirio.

La Iglesia de Roma, que habia sentido los primeros efectos de la persecucion, sufrió tambien un aumento de rigor despues de la publicacion del segundo edicto de Valeriano. Entónces fué cuando el Papa San Sixto alcanzó la corona del martirio con el suplicio de la cruz en 6 de Agosto del año 258. Habia trasladado el 29 de Junio anterior las reliquias de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo á las catacumbas, donde habia costumbre de enterrar á los mártires, porque ya hemos advertido que los cristianos tenian cementerios particulares, y con cuidado evitaban el mezclar los cuerpos de los fieles con los de los paganos. Uno de los delitos de que acusaron á Marcial, obispo apóstata, cuya deposicion hemos visto confirmada en un concilio de Cartago, fué haber enterrado sus hijos en sepulcros de paganos. Además, distinguían los de los mártires, ya con inscripciones, ya con señales particulares que servian despues para reconocerlos, como por ejemplo, palmas ó cruces con redomas teñidas de encarnada, á causa de la sangre que se echaba dentro. San Sixto fué preso en este cementerio subterráneo, estando celebrando los divinos misterios con algunos diáconos. Despues de su muerte, la Santa Sede vacó cerca de un año, y tomó el clero romano el gobierno de la Iglesia.

San Lorenzo, el primero de los siete diáconos de Roma, seguia al Papa San Sixto cuando le condujeron al suplicio; y como se desconsolase porque no podia padecer con él por el nombre de Jesucristo, le dijo el santo Pontífice: "Hijo, mayor combate se te ha reservado: dentro de tres días me seguirás." Inmediatamente San Lorenzo repartió entre los pobres todo el tesoro de la Iglesia y aun los vasos sagrados, para evitar que los profanasen. Habiendo llegado este proceder á noticia del prefecto de Roma, y persuadiéndose que estas limosnas indicaban la existencia de cuantiosos fondos en la Iglesia, quiso apoderarse de ellos; y haciendo comparecer á San Lorenzo, con la esperanza de persuadirle fácilmente á que los entregase: "Os quejais, le dijo, de que os tratamos con crueldad: no hablemos ahora de tormentos; todo lo que exijo con la mayor dulzura es que hagas una cosa que pende de tu voluntad y está en tus facultades. Dícese que en vuestras ceremonias ofrecen los Pontífices sus libaciones en vasos de oro; que la sangre de las victimas la recibís en copas de plata, y que para alumbraros en vuestros sacrifi-

cios nocturnos, teneis los cirios en candeleros de oro. Dícese que para proveer á estos gastos venden los fieles sus posesiones. Descubre esos tesoros escondidos; porque el príncipe los necesita para mantener sus tropas. Así como así, yo sé que segun vuestras propias doctrinas estais obligados á dar al César lo que es del César." San Lorenzo respondió: "Yo no negaré que en nuestra Iglesia haya riquezas: prometo manifestarlas; pero me darás el tiempo necesario para arreglarlo todo." Muy contento el procónsul con esta respuesta, le concedió tres días de término. Empleólos San Lorenzo en reunir todos los pobres que mantenía la Iglesia, ciegos, cojos y tullidos, como unos mil y quinientos, sin entrar en este número las vírgenes y víndas que recibían socorros de ella; y en el día señalado se presentó con este acompañamiento, y dijo al juez: "Aquí tienes los tesoros de nuestro Dios: en los pobres y en los enfermos es en quienes se complace, y á los que reparte con abundancia sus gracias; y nosotros ponemos en su poder vuestras riquezas. Ahí están vuestras joyas y pedería en estas vírgenes y víndas, cuyas virtudes forman todo el adorno y completan la corona de la Iglesia." Furioso el prefecto á vista de este desnlace, mandó á San Lorenzo que renegase de su fé ó se preparase á sufrir los mayores tormentos; y sin mas tardanza hizo que le azotaran hasta desgarrarle el cuerpo; pero no bastando aún este castigo para quitarle la vida, ordenó que le pusieran en unas parrillas hechas ascua, y debajo de ellas brasas medio encendidas á fin de quemarle poco á poco. Parecía insensible á los dolores San Lorenzo; y al cabo de un buen rato dijo al tirano: "Que me vuelvan del otro lado, porque de este ya estoy asado." Y de allí á algunos momentos añadió: "Mi cuerpo está bastante cocido: poned hartarte con él si quieres." Y luego mirando al cielo, pidió á Dios que los romanos se convirtiesen á la fé, y espiró. Ocurrió este martirio en 10 de Agosto del año 258. Algunos senadores que se convirtieron con este ejemplo de constancia, llevaron en sus hombros el santo cuerpo, y le enterraron en una gruta junto al camino del Tibur (Tiboli): al instante comenzaron á obrarse muchos milagros por su intercesion.

Aunque no conocemos los pormenores sobre la persecucion de Valeriano en el Oriente, la presencia suya basta para que no se dude que serian excesivos los rigores que se ejercerian contra los fieles en esta parte del imperio. En Cesarea de Palestina, tres cristianos llamados Prisco, Malco y Alejandro, animados por el ejemplo de otros mártires, fueron espontáneamente á presentarse al gobernador, que los condenó á ser pasto de las fieras. En Antioquia, San Nicéforo creyó que tambien debía denunciarle para reparar el escándalo que habia causado con su apostasía el presbítero Sapricio. Despues de haber vivido en la amistad mas estrecha estos dos cristianos, se desavinieron con el tiempo y llegaron á ser tan enemigos, que procuraban no encontrarse ni casualmente. Entró Nicéforo en

reflexion, y conociendo su estado, envió á unos amigos de ambos para que pidiesen perdon á Sapricio en su nombre y tratasen de reconciliarles. Empleó este medio tres veces y todas sin fruto. Entonces fué á buscar al sacerdote, y postrado á sus piés le rogó le perdonase por amor de Dios, pero no lo pudo lograr. En esto sobrevino la persecucion, fué preso Sapricio, y confesó que era cristiano y sacerdote. Pusieron á prueba su fé con crueldades y prolongados tormentos que sufrió con la mayor constancia; y como perseverase, fué sentenciado á ser decapitado. Sabiendo Nicéforo que le conducian al suplicio, salió al paso, y echándose á sus piés le dijo: "Martir de Jesucristo, perdóname la ofensa que haya podido hacerte." Sapricio volvió la cabeza á otro lado y nada contestó. Siguióle Nicéforo hasta el suplicio, conjurándole con tan vivas instancias, que los gentiles se burlaban de tanto afán, no pudiendo comprender que fuese tan estúpido un hombre que pidiese perdon á otro que iban á ajusticiar. Sin embargo, no pudo ablandar la dureza de Sapricio, que fué castigado con la pérdida de la corona que iba en aquel punto á recibir. Dijéronle los verdugos que se pusiera de rodillas para recibir el golpe fatal; y este desgraciado renegó inmediatamente de Jesucristo y ofreció que adoraría á los ídolos. Oyendo lo cual Nicéforo le exhortó enérgicamente á que no perdiese por un momento de cobardía la recompensa de los grandes tormentos que había sufrido; pero viendo que no alcanzaba nada de él, exclamó: "Yo soy cristiano, y creo en Jesucristo, de quien este infeliz ha renegado; matadme en su lugar." No se atrevieron á proceder á nada sin orden del gobernador, y marcharon á darle cuenta de lo que pasaba. Al instante mandó que cortasen la cabeza á Nicéforo, el cual alcanzó la corona del martirio por su fé y humildad. En Cesarea de Capadocia, Cirilo, niño aún, manifestó una heroica constancia; siempre tenía en sus labios el nombre de Jesucristo, y ni las burlas ni los malos tratamientos podian impedirle que se declarase cristiano. Le expulsó su padre de su casa y le privó de todo socorro; mas no pudo hacerle titubear en la fé. El juez mandó que se presentase este niño, y quiso intimidarle primero con amenazas, y luego seducirle con sus caricias; pero Cirilo, ostentando una inteligencia superior á sus años, respondió con firmeza que se alegraba de tener ocasion de sufrir por la fé todos los sarcasmos y reprensiones que escuchaba; que con gusto perdería los bienes terrenos por los celestiales, y finalmente, que no temia la muerte, porque le conducia á una vida feliz y eterna. Atáronle á presencia de todos como para conducirlo al suplicio, y le amenazaron con que le quemarian vivo enseñándole una hoguera que encendieron allí cerca; pero no dió la menor señal de cobardía. Otra vez le volvieron al tribunal, y el juez le dijo: "Ahora bien, ya has visto la hoguera; he dispuestó que te quemen en ella si persistes en tu desobediencia. ¿Quieres enmendarte en lo sucesivo, y volverás á ser admitido en la casa pa-

terna?" El valeroso niño respondió: "No sé por qué me has hecho volver; tus amenazas no me asustan; no tengo otro deseo que ser atrojado cuanto antes á las llamas para adquirir las riquezas que no dependen de vosotros." Como observara que los espectadores se deshacian en lágrimas, les dijo: "Mas bien debiais darme el parabien en vez de llorar; alegraos, pues, y felicitadme por mi próxima ventura. No podeis figuraros la gloria que me espera, ni la hermosura del reino donde habitaré." Marchó en seguida hácia la hoguera con un valor y una alegría que excitaron la admiracion de toda la ciudad.

Durante esta persecucion de Valeriano, recibieron las Galias nuevo refuerzo de operarios evangélicos, enviados, como arriba indicamos, por el Papa San Sixto. Cuéntase entre ellos á San Peregrin, primer obispo de Auxerre, que despues de muchos trabajos derramó su sangre por la fé, en el reinado de Diocleciano; San Genulfo, que es tenido por primer obispo de Cahors; mas su predicacion encontró grandes obstáculos y apenas produjo fruto alguno; San Memmio ó San Mengo, que fundó la Iglesia de Chalons-sur-Marne, y cuyo culto llegó á ser muy célebre, sobre todo despues de hallado su cuerpo entero é incorrupto en el siglo VII; últimamente, San Sixto, primer obispo de Reims, y San Sinicio, discípulo suyo, que fué á predicar la fé á Soissons. A estos santos obispos se dan muchos discípulos enviados de Roma en su compañía para auxiliarlos en sus tareas. Entre ellos debemos distinguir á San Timoteo, que acompañó á Reims á San Sixto, y á poco ilustró esta naciente Iglesia con su glorioso martirio. Creese que fué una de las victimas de la persecucion de Valeriano, y su muerte fué precedida ó seguida de la de cincuenta personas que convirtió, entre las cuales es notable su verdugo Apollinar.

Refiérese tambien á la propia época el martirio de San Baso, obispo de Niza, el de San Pons, á quien cortaron la cabeza en la misma ciudad, y el de San Patrolo, ajusticiado en Troyes por orden de Aureliano, gobernador á la sazón de las Galias. En fin, se pone tambien por este tiempo el martirio de San Dionisio, primer obispo de Paris: la tradicion es que fué decapitado con un clérigo llamado Rústico y con Eleuterio, diácono, en una montaña próxima á aquella capital, que se llamó por esta razon Monte de los Mártires, y por corrupcion Montmartre (1). Enterrados sus cuerpos en un lugar cercano, en donde Santa Genoveva mandó edificar una iglesia en honor suyo, fueron despues trasladados á la célebre abadía de este nombre.

Tambien merece ser citado entre la multitud de cristianos que sufrieron los rigores de la persecucion en el reinado de Valeriano,

(1) En este lugar fué donde en 1534 tuvo nacimiento la famosa Compañía de Jesus, haciendo en él sus primeros votos San Ignacio de Loyola y sus compañeros.—E. M.

San Félix, sacerdote de Nola, en la Campania, que fué tan célebre por su caridad, por sus milagros y por su valor en soportar tormentos durísimos y dilatados por el nombre de Jesucristo. Aunque por muerte de su padre quedó muy joven heredero de bienes considerables, no dejó de consagrarse enteramente al servicio de la Iglesia, y fué ordenado de lector en sus primeros años, despues exorcista, y últimamente presbítero, bajo la dirección de Máximo, obispo de Nola, que le amaba como si fuera hijo, y le destinaba á sucederle en la mitra. Habiendo obligado la persecucion de Decio á Máximo á que se fugase; prendieron á Félix, como el ministro principal entre los cristianos. Puesto en rigorosa prision, cargado de cadenas y estirados los piés en un cepo, despues de haber sembrado el suelo de guijos, le era imposible descansar un instante. El anciano obispo, refugiado en un monte desierto, carecia de todo, y estaba próximo á morir de hambre ó de frio. Aparecióse un ángel á Félix cierta noche, y le mandó que volara en socorro de su pastor. Félix, que sentia el peso de las cadenas, creyó que soñaba; pero repiténdole el ángel la órden y mandándole que se levantasé, cayeron al suelo las esposas, salieron los piés del cepo, y las puertas se abrieron de repente. Salió, pues, atravesando por medio de los guardias dormidos, y marchando sin dirección por desconocidos caminos, llegó al sitio donde estaba el santo obispo, sin habla, sin movimiento, respirando con trabajo y á punto de espirar. Nada tenia Félix para remediar aquella mortal debilidad: púsose, pues, en oracion, y reparó que encima de su cabeza habia un racimo de uvas, colgado de unas zarzas. Le cogió y esprimió el jugo en la boca del anciano, que tomando un poco de aliento, conoció á Félix y le dijo: "Mucho has tardado en venir: hace tiempo que Dios me prometió que vendrias á socorrerme. El estado en que me hallas prueba que no he huido por miedo de morir; pero he desconfiado de mis fuerzas. Te ruego que me lleves entre mis ovejas." Cargóse Félix en sus hombros, y llevándole á su casa, según sus deseos, se retiró él á la suya colmada de bendiciones por el santo viejo, y allí permaneció escondido hasta la paz de la Iglesia.

Habiéndose renovado la persecucion en tiempo de Valeriano, no podia menos de ser buscado Félix; pero se libró de todas las pesquisas por particular proteccion de la Providencia. Un dia que estaba en medio de la ciudad, rodeado de amigos y fieles á quienes instruía, los guardias que tenian órden de cogerle, pasaron por delante de él sin echarle de ver, aunque le conocian muy bien. Advertidos los guardias de su torpeza por algunos, volvieron atras. Félix se ocultó prontamente en unas ruinas inmediatas; pero infelizmente le hubieran descubierto si el hueco por donde acababa de entrar no hubiese quedado al instante tapado enteramente con telas de araña. No pudieron los perseguidores presumir que hubiera entrado por allí, y fueron á buscarle mas adelante. En cuan-

to se marcharon, Félix se retiró á una cisterna antigua, donde permaneció seis meses, alimentándole una muger cristiana.

Cuando volvió la Iglesia á gozar de paz, regresó Félix á Nola, y fué recibido allí como si bajara del cielo. Le pidió todo el pueblo por obispo, despues de la muerte de Máximo; pero cedió Félix este honor á un anciano llamado Quinto, porque éste habia sido ordenado sacerdote antes que él, aunque mediaron solo siete dias de diferencia. Por esta cláusula se advierte que entonces no habia tiempo designado para darse las órdenes, y podian conferirse todos los domingos. Como habian secuestrado á Félix todos sus bienes durante la persecucion, muchas personas le aconsejaban que intentase una accion judicial para que se le devolvieran; pero él se opuso, y asimismo rehusó las ofertas de una muger cristiana muy rica, que trataba de socorrerle. Prefirió para atender á sus primeras necesidades, arrendar un huerto que cultivaba por sí, y que ademas de proveer á su subsistencia le daba para socorrer á los pobres (1). Así concluyó el resto de su vida, ejerciendo la humildad y la caridad, y todas las virtudes cristianas. Enterráronle en uno de los suburbios de la ciudad con grande concurso popular; y sobre su sepulcro se edificó despues una magnífica iglesia. No tardó en hacerse su culto sumamente célebre por la multitud de milagros obrados por su intercesion: San Paulino, en su elogio póstico de San Félix, refiere un gran número de ellos que habia presenciado.

Recibió al fin Valeriano el castigo de las crueldades que decretó contra los cristianos. Hacía tiempo que estaba ocupado en hacer guerra á los persas; mas viendo que su imperio era por todas partes invadido de los bárbaros, y que acababa de perder personalmente una batalla, quiso comprar la paz y se empeñó temerariamente en un parlamento donde le prendió Sapor, rey de los persas, que le hizo sufrir toda suerte de bajezas. No solo le traía como prisionero por todo el pais que recorria, cargado de cadenas y revestido de las insignias imperiales, sino que cuando iba á montar á caballo le obligaba á postrarse, y le ponía el pie sobre la espalda en vez de servirlo de estribo. Hay quien dice que le mandó desollar vivo; pero acaso le quitarian el pellejo despues de muerto, y se conservó su piel para enseñarla á los embajadores romanos, y recordarles el oprobio del imperio. Tuvo que sufrir esta dura cautividad Valeriano hasta su muerte, que ocurrió de allí á siete años. Admirábase los gentiles de su desgracia porque le consideraban como uno de sus mejores príncipes; pero por eso mismo los cristianos debian reconocer mas claramente los efectos del castigo de Dios. Tambien es digno de notarse que Macriano, cuyos consejos habian inducido á aquel emperador á hacerse perseguidor, fué igualmente

(1) Por aquí se puede juzgar que en ciertos puntos las Iglesias eran tan pobres, que no podian mantener á sus ministros.

el autor de su castigo, contribuyendo, ya por imprudencia, ya por traicion, á que cayese en manos de los persas.

Después del cautiverio de Valeriano sucedido en 260, su hijo Galieno, á quien asoció al imperio desde el principio de su dominacion, no tardó en revocar todos los edictos publicados contra los cristianos. Eusebio nos ha conservado la órden que circuló con este fin á los obispos de Egipto, y estaba redactada en estos términos: "El emperador César Publico Licinio Galieno, piadoso, angusto, feliz; á Dionisio, Pinnas, Demetrio y á los otros obispos: Mi voluntad es que por todo el mundo se extiendan los beneficios de mi gracia; y por tanto, que podais vosotros concurrir á los puntos dondo celebras vuestras religiosas juntas, conservándolos en virtud de la presente y sin temor de que nadie os inquiete. Mucho tiempo hace que yo tenia concedida esta gracia de que podeis usar libremente. Aurelio Cireneo, mi mayordomo mayor, cumpla el rescripto que he dado." No llegó este edicto hasta el año 262 al Egipto, porque esta provincia estuvo sometida algun tiempo á Macriano, que se hizo proclamar emperador; y por eso alude el decreto al precedente edicto, por el que Galieno habia concedido á los cristianos la paz, y mandado especialmente la restitucion de los cementerios que les habian sido confiscados.

Indudablemente ocurrió tambien durante la dominacion de Macriano, el martirio de Marino, cristiano distinguido por su nacimiento y riquezas, en Cesarea de Palestina. Era oficial en el ejército y debia ascender por su clase á mayor grado, que estaba próximo á alcanzar; cuando otro que apetecia aquel puesto, fué á delatarle porque era cristiano para que le excluyeran. Preguntó á Marino el gobernador sobre este punto, y contestándole que sí, le mandó que renegase de su creencia, y le concedió tres horas para deliberar. Sabedor el obispo Theoctenes de esta ocurrencia, se presentó donde estaba el militar cristiano, á quien condujo á la iglesia cerca del altar, y allí poniéndole á la vista el libro de los Evangelios al lado de su espada, le dijo: "Escoje lo que estimas mas." Marino sin detenerse puso la mano sobre los Evangelios. Entonces añadió el obispo: "Marcha, y Dios te protegerá, y nadie te arrebatará lo que has escogido." Volvió el generoso confesor al tribunal donde ostentó doble valor, y al momento fué condenado á muerte, y la sufrió. Un senador romano, llamado Asterio, que se hallaba presente, recogió el cuerpo del santo y le llevó en sus hombros, haciéndole con magnificencia los últimos honores.

Este ilustre senador que ha merecido el título de santo, dió en otras diferentes circunstancias, testimonios no menos brillantes de la firmeza de su fé. Citase en particular un milagro que hizo cesase una supersticion, muy acreditada entre los gentiles de Palestina desde tiempos remotos. Tenian costumbre de reunirse todos los años cerca de las fuentes del Jordan, y echar una victima con-

sagrada al dios de aquel rio. Como siempre se hundia y no volvia á parecer, decian que era señal de que el dios aceptaba esta ofrenda y se la llevaba para sí. Hallándose una vez Asterio en esta ceremonia, levantó los ojos al cielo, y pidió á Dios en nombre de Jesucristo, que confundiese esta impostura del demonio. Al instante observaron que la victima volvió á parecer sobre la superficie del agua; y desde entonces no se trató ya de este prestigio.

Reinó el emperador Galieno ocho años despues de la cautividad de su padre; pero la historia de su reinado no ofrece mas que una serie de calamidades y desórdenes. El imperio se vió oprimido de guerras civiles, de irrupciones extrangeras, peste, hambres, terremotos y toda clase de azotes. Mas de treinta tiranos se hicieron proclamar emperadores en diferentes provincias. Marciano fué proclamado de los primeros, junto con sus dos hijos, por los restos del ejército de Oriente: poco mas de un año reinó, y pereció despues con uno de ellos en una batalla que perdió; el vencedor era Aureolo, aclamado tambien emperador por el ejército de Iliria. El segundo hijo de Marciano murió poco despues á manos de Odenato, rey de Palmira, que tomó la defensa del imperio contra los persas, y despues recibió del mismo Galieno el título de Augusto y de emperador. Se levantaron ademas otros usurpadores en las provincias de Africa, Egipto, Grecia y Mesia, y los mas fueron privados del imperio y la vida, ya por felices rivales, ya por los generales de Galieno, y hasta por sus propios soldados. Pero en las Galias se perpetuó la rebelion bajo diferentes tiranos hasta el reinado de Aureliano. Cenobia, reina de Palmira, conservó tambien hasta la misma época el poder imperial de que se habia apoderado en Oriente despues de muerto su marido Odenato.

Desde los principios del reinado de Galieno fué invadido el imperio por innumerables hordas de bárbaros, que se desparramaron por las provincias, arruinándolas con sus atrocidades. Dueños ya los persas de la Mesopotamia, se apoderaron de parte de la Siria: los escitas y godos saquearon la Tracia, la Grecia y el Asia menor, donde devastaron muchas poblaciones: los sármatas conquistaron la Pannonia; enjambres de pueblos germanos cayeron por todas partes sobre las provincias occidentales de Europa: unos, despues de recorrer la Recia y pasar los Alpes, penetraron en Italia hasta Ravena: otros destruyeron las Galias, y algunos se extendieron á la España y aun hasta Africa. Muchos mártires hubo durante esta invasion en las Galias; entre otros San Privato, obispo de Mende, San Antido, obispo de Besanzon, y San Ausonio, de Angulema, que fueron muertos hácia el año 263 por Croco, rey de los alemanes.

Sin embargo de estas calamidades, resultaron algunas ventajas para la propagacion del Evangelio. Lleváronse los bárbaros gran número de cautivos, y entre ellos muchos cristianos que esparcieron por aquellos pueblos la doctrina de Jesucristo, y contribuyeron

á que la abrazasen, ya por la santidad de su vida, ya por sus repetidos milagros. Se observa sobre todo, que los escitas y los godos al destruir el Asia habían recogido muchos sacerdotes y obispos, que muy luego hicieron admirar el poder de Jesucristo, curando enfermos y arrojando de los cuerpos humanos á los espíritus infernales. Juntos estos prodigios al ejemplo de sus virtudes y á la belleza de las máximas que profesaban, ganaron la voluntad de aquellos bárbaros, que se determinaron á pedir el bautismo. Así se formaron muchas Iglesias, de que fueron declarados obispos los mismos que los invasores habían llevado violentamente. Se cree que en el número de estos cristianos se hallaban los abuelos de Ulifas, célebre obispo de los godos, hácia el fin del IV siglo.

La justa cólera del cielo aumentó con mas terribles desastres los ocasionados por las guerras civiles y las irrupciones extranjeras. La peste, que ya de antemano asolaba el imperio, redobló sus rigores, y fué tan violenta en Roma, que cada día morian cinco mil personas, y proporcionalmente en las ciudades de Grecia. En el año 262 se sintió en aquella capital un temblor de tierra, que se extendió á Italia, á Africa, y sobre todo, al Asia, donde causó espantosas desgracias. Acompañante teneblos, horribles huracanes, terribles bramidos subterráneos, que hacian morir de espanto á multitud de habitantes. Abrióse la tierra en diferentes parages, y muchas poblaciones fueron sumergidas por las aguas del mar ó por las inundaciones de los rios.

En medio de tantas miserias dieron los habitantes de Alejandría el espectáculo de la caridad mas heróica. Emiliano, prefecto de Egipto, tomó el título de emperador con motivo de una violenta sedición que armó á los vecinos contra la tropa y regó la ciudad y el puerto con arroyos de sangre. Las comunicaciones de ambos campamentos estuvieron mucho tiempo interrumpidas, y mas peligro se corría en las calles, que en medio de los desiertos y de las fieras de la Libia. Luego Emiliano fué acometido y vencido por un general de Galieno; pero antes de sucumbir se habia apoderado de los graneros públicos, de modo que se juntó á la mortandad el hambre, y no tardó en sobrevenir la peste. Entonces se vió á los fieles dedicarse sin precaucion alguna al socorro de los apesados, prestarles los servicios mas penosos y repugnantes, recoger á los enfermos abandonados, y cuidar de sepultar á los difuntos. En estos ejercicios contrajeron muchos la peste, y murieron socorriendo á los demas; pero su muerte no desanimaba á los que les sobrevivian. La Iglesia honra como mártires á los que fallecieron en estas obras de caridad.

El Papa San Dionisio, que ocupaba entonces la silla apostólica, en que habia sucedido á San Sixto en el año 259, no omitió nada de cuanto podia mitigar las desgracias que afligian á las provincias. Se ve en particular que escribió á las Iglesias de Capadocia cartas

consolatorias, enviándoles socorros para rescatar á los cautivos. Tambien resplandeció su celo por la defensa de la fé católica, con ocasion de los errores que se publicaron entonces sobre el misterio de la Trinidad y sobre la divinidad del Verbo. Quéianos un largo fragmento de una carta en que combatia á un tiempo la heregia de Sabelio, que confundia las tres divinas personas, la de algunos marcionitas, que admitian tres primeros principios ó sustancias distintas, de que hacian otros tantos dioses, y últimamente, el error de los que afirmaban que Jesucristo era una criatura. Esta carta se dirigió á San Dionisio de Alejandría, acusado por algunos de que enseñaba que el Verbo no era consustancial al Padre; lo que redujo al santo doctor al caso de tener que responder en una apología, en que explicó el dogma católico sobre la Trinidad; solo unos fragmentos han quedado de esta obra.

San Dionisio de Alejandría, uno de los mas ilustres obispos de los primeros siglos, habia nacido en el paganismo de familia distinguida; y habiéndose convertido á la fé cristiana por la lectura de los libros santos, renunció los honores y esperanzas del siglo para adherirse únicamente á Jesucristo. Fué discípulo de Orígenes, y desempeñó despues por mucho tiempo la enseñanza de los catecúmenos, y sucedió á San Heraclas en la silla de Alejandría el año 247. Obligado á fugarse durante la persecucion de Decio, y condenado al destierro en la de Valeriano, jamas cesó de velar sobre su rebaño, y ya dejamos indicado que su solicitud alcanzaba á las demas Iglesias. Empleó toda su diligencia en atajar los progresos de Noraciano y en pacificar los ánimos cuando la disputa respecto del bautismo de los hereges. Poco despues impugnó en muchos escritos los errores de Sabelio, y en esta ocasion fué cuando le acusaron de que negaba la consustancialidad del Verbo. Como Sabelio confundia las tres personas divinas, San Dionisio, para probar la distincion con argumentos incontestables, insistia principalmente sobre el misterio de la Encarnacion y sobre las palabras de la Escritura, que aplicándose al Hijo, considerado como hombre, le atribuyen claramente una personalidad distinta de la del Padre: de donde precisamente se concluia que no era el Padre el que habia encarnado, y por consiguiente que no se le podia confundir con el Hijo. Pero como este raciocinio, por lo mismo que se apoyaba en la encarnacion del Verbo, suponía al parecer algunas veces una distincion entre el Padre y el Hijo en cuanto á la sustancia, porque en efecto, en el Verbo encarnado se halla la naturaleza humana, que siempre permanece distinta de la divina; algunos fieles muy instruidos en la fé, pero que comprendian mal el pensamiento de San Dionisio, en lugar de pedirle mas explicaciones, le acusaron al Papa de que sostenia que el Hijo no es de la misma naturaleza que el Padre. Juntó el Papa un concilio en que se condenó la doctrina atribuida á San Dionisio de Alejandría, y le escribió pidiéndole explicaciones sobre los puntos que dieron lugar á estas sospechas.

Respondió el santo obispo con un tratado en que justificó su perfecta ortodoxia, limitándose á exponer el verdadero sentido de sus palabras que se habían interpretado mal, por haberlas tomado aisladamente y sin atender á la serie del discurso. Como lo principal que se le imputaba era haber asentado una distincion de naturalezas entre el Padre y el Hijo, se justificaba diciendo que habia hablado así del Hijo considerado como hombre y no como Dios. Con este motivo se explicaba positivamente sobre la consustancialidad del Verbo, quejándose con calor de que le hubieran acusado de que la negaba. "Verdad es, dice, que no he hallado esta palabra en ningún pasaje de la Escritura; pero he dicho muchas cosas que vienen á tener el mismo sentido, y que no dejan duda sobre mi pensamiento." Prueba tambien que ha enseñado lo que esta palabra significa, cuando ha hecho ver que el Hijo es uno en sustancia con el Padre; cuando ha dicho que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo; que el Hijo no es criatura, y que no ha sido hecho sino engendrado, como que es la luz y la sabiduría del Padre, luz eterna como él é inseparable de él. Porque así como el sol no existe sin luz, el Padre tampoco ha estado jamas sin el Verbo, que es su eterno esplendor, que siempre está en él y que ha sido engendrado sin principio. San Atanasio, refiriendo estos y otros muchos pasajes semejantes, añade con razon, que era imposible condenar de un modo mas formal la doctrina de los arrianos. Por lo demas, esta misma acusacion dirigida á San Dionisio, porque al parecer no admitia que el Hijo era *consustancial* al Padre, y el cuidado que él tuvo de justificarse en este punto y de manifestar que lo mismo habia dicho en otros términos, dan bastante á conocer que el uso comun habia introducido ya esta palabra, consagrada despues por la decision del concilio Niceno.

Otra nueva prueba de su fe ortodoxa sobre la Trinidad, dió San Dionisio de Alejandria cuando defendió la divinidad de Jesucristo contra Pablo Samosateno, obispo de Antioquia. Refutó los errores de aquel herejarca en una carta que le escribió al intento; y como por su vejez y enfermedades no podia asistir al concilio que despues se convocó en Antioquia para condenar estos mismos errores, dirigió otra carta al clero de la misma ciudad, exponiendo la doctrina católica de un modo tan exacto, y probándola con tanta solidez, que el concilio de 269 creyó debia publicarla y circularla á todas las Iglesias.

Algun tiempo antes, el santo obispo habia combatido mas eficazmente el error de los milenarios que se propagó en Egipto, y especialmente en el distrito de Arsinoe, donde fué causa de funestas divisiones. Habiéndose presentado allí, y reunidos los presbíteros y doctores que instruian á los cristianos dispersos en las aldeas, despues de muchos dias de conferencias, logró por fin desengañarlos y que se convencieran de su error. Como habia apadrinado semejan-

te error un obispo de Egipto llamado Nepos, que tomando á la letra las palabras del Apocalipsis sobre el reinado de mil años, se habia esforzado en consignar su opinion en una obra titulada, *Refutación de los alegoristas*, creyó San Dionisio que debia responderle por medio de un tratado en que enérgicamente combatia unas esperanzas puramente carnales, tomadas del judaismo, y las bajas y groseras interpretaciones que propendian á degradar la magestad de los libros santos. En los fragmentos bastante largos que aun quedan de este tratado, puede observarse que la mayor parte de los fieles tenian costumbre de poner á sus hijos los nombres de San Pedro, San Pablo y de los otros apóstoles.

Murió San Dionisio de Alejandria al fin del año 264. De todos los escritos que compuso no ha llegado íntegro hasta nosotros mas que la carta canónica dirigida al obispo Basílides, que le habia consultado sobre diferentes puntos de disciplina, y entre otros, la hora á que podia quebrantarse el ayuno para empezar las fiestas de Pascua. Por ella se ve que muchos cristianos pasaban dos ó tres dias, y alguna vez toda la semana santa, sin tomar alimento alguno, y á lo menos no era lícito comer el sábado santo antes de medio dia. La Iglesia de Oriente ha colocado esta carta en la clase de los cánones.

Sabelio, cuyos errores impugnarón el Papa San Dionisio y el obispo de Alejandria, parece que empezó á dogmatizar en los primeros años del reinado de Valeriano. Se le considera discípulo de Noeto, cuya heregía renovó: antes del siglo II la habian enseñado Praxeas, algunos montanistas y otros sectarios. Negaba este herejarca la Trinidad, y confundia las tres divinas Personas, diciendo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no eran mas que una, designada con diferentes nombres segun las diversas relaciones con que se las consideraba; de modo que la denominacion del Padre se aplicaba á Dios, como criador y autor de la ley; tomaba el nombre de Hijo en razon de su íntima union con la humanidad en la Encarnacion; y finalmente, se llamaba Espíritu Santo en cuanto se comunicaba á los hombres por los dones de la gracia. Luego estos nombres no servian para significar una distincion real, sino solamente una ideal, fundada en que Dios, con relacion á los hombres, parece que representa diferentes personages. Enseñó Sabelio este error en Tolemaida, en aquella parte de la Libia que llamaban Pentápolis. Muy pronto juntó numerosos parciales, entre los cuales habia hasta obispos; con todo, no hizo muchos progresos despues que el Papa la condenó; mas no dejó de subsistir largo tiempo, como que aun se hallaban sabelianos al principio del siglo V.

En la heregía de Pablo de Samosata, que fué obispo de Antioquia hácia los años 262, se halla el fondo de los principios de Sabelio con ciertas modificaciones. Aquel desechaba tambien la diferencia real de personas divinas, y no miraba al Verbo y al Espíri-

tu Santo sino como atributos simples de la Divinidad, sin existencia personal. Pero en vez de admitir, como al parecer admitía Sabellio, que el Padre había encarnado en Jesucristo, según lo creían los patropasionarios, Pablo de Samosata enseñaba que Jesucristo no era más que un puro hombre, á quien la Sabiduría divina se había comunicado con extraordinaria abundancia de gracias y de luces, sin unirse por eso á él hipostáticamente; de manera que no era Hijo de Dios sino por adopción, y no por naturaleza. En una palabra, según Pablo, el Verbo divino y el Espíritu Santo no eran más que los atributos por cuyo medio la Persona del Padre se manifestaba al obrar exteriormente, poco más ó menos como el pensamiento y la voluntad revelan el alma racional, y no tienen propia personalidad que los distinga: que por otra parte, Jesucristo nada tenía en su naturaleza que le hiciese superior á los demás hombres, aunque gozó el privilegio de ser dirigido por la acción inmediata é incesante de la divina Sabiduría que obraba en él; pero sin union hipostática entre la divinidad y humanidad. Había adoptado Pablo estos errores para privar al cristianismo de sus misterios y acomodarse á las preocupaciones de Cenobia, reina de Palmira, que se valió de él para conocer la doctrina de los cristianos, y no se manifestaba muy dispuesta á creer verdades incomprensibles, superiores á su razón.

En lo demás, este herejiarca deshonraba tanto su ministerio por sus estragadas costumbres, como por la impiedad de sus doctrinas. Reunió grandes riquezas despojando á los fieles por medio de exortaciones sacrílegas. Ostentaba por todas partes un fausto y orgullo insupportable; veíasele en público seguido de numerosa comitiva, con criados destinados á despejar el camino y dejarle expedito. Empleaba en la Iglesia artificios de teatros para atraerse la admiración de los ignorantes, colocándose en elevado trono, declamando con profana afectación, disponiendo que le rodeasen sus adictos para que le aplaudieran con palmadas, y no avergonzándose de alabarse públicamente ó de hacer que los demás le ensalzasen, ni aun de mandar que se cantasen himnos en honor suyo en lugar de los sagrados cánticos. Tenía en su casa mugeres jóvenes que á todas partes le acompañaban, y toleraba ó mas bien, fomentaba semejantes desórdenes en sus clérigos, para que siendo comunes los vicios nadie pudiera acusarle. Aquellos mismos que se escandalizaban de su conducta, se contentaban con llorarla en secreto temerosos de su tiranía.

Sin embargo, los obispos de Oriente resolvieron reunirse en Antioquia para remediar tanto mal y detener la propagación del error. Como arriba dijimos, no permitieron á San Dionisio de Alejandría su edad y achaques, la asistencia á este concilio; pero se nota entre el gran número de santos prebostes que concurrieron, á San Gregorio Taumaturgo, San Athenodoro, su hermano, obispo de una

Iglesia en el Ponto, San Firmiliano, de Cesarea en Capadocia, Heleno de Tarse, Himeneo de Jerusalem, Theotecnos de Cesarea en Palestina, y además muchos sacerdotes y diáconos. Túvose esta célebre asamblea en el año 264; y allí se discutió en repetidas sesiones la doctrina de Pablo Samosateno, que á la manera de otros hereges intentó disfrazar sus errores, envolviéndolos en términos oscuros ó equívocos. Pero convencido al fin de haber hecho innovaciones en la fé, aparentó retractación y protestó su adhesión á la doctrina de los apóstoles. Creyeron los Padres que debían contentarse con semejante retractación y no pronunciar sentencia contra él, con la esperanza de que este asunto se sofocaría así sin ruido; porque se miraba como una ventaja haber destruido el gérmen del error en su origen. No tardaron, sin embargo, en reconocer que se habían engañado, y que nada había variado el herejiarca, ni de costumbres ni de principios. Los obispos, después de haber probado en sus cartas todos los medios de atraerle á la razón, se vieron obligados á renunciar de nuevo en Antioquia en el año 269 para pronunciar la sentencia definitiva contra él. Halláronse en este concilio en número de setenta. Un sacerdote de Antioquia llamado Malquion, gran dialéctico y doctísimo en la doctrina cristiana, contribuyó, sobre todo, á descubrir los artificios de Pablo, y le redujo á exponer terminantemente y á confesar sus verdaderas opiniones. Entonces el herejiarca fué depuesto y excomulgado. El concilio publicó esta condenación por medio de una carta sinodal circulada á todas las Iglesias, y en especial al Papa San Dionisio (1). Con todo, Pablo no se curó mucho de su deposición: sostenido por la protección de Cenobia, conservó obstinadamente su título y permaneció en la casa episcopal, aunque se había nombrado á otro en su lugar. Pero dos años mas tarde, hallándose Aureliano en Oriente en guerra con Cenobia, dirigieron los cristianos varias quejas á este emperador, y mandó que se entregase la casa al obispo que reconociera Roma y sus co-

(1) Eusebio ha insertado en su historia un fragmento de esta carta, relativo á las costumbres de Pablo Samosateno. Pero nada dice que pueda dar lugar á sospechar que el concilio de Antioquia condenase la voz consustancial como comunmente se cree. El silencio de Eusebio parece que deja algunas dudas sobre este hecho que refirieron mucho después San Atanasio, San Basilio y San Hilario, ateniéndose únicamente al testimonio de los semi-arrianos, cuya veracidad en este punto es bastante sospechosa. Sea lo que fuere, si el hecho es cierto, no puede dudarse ni menos que el concilio no tuviese á la vista solamente el abuso de Pablo sobre esta voz, para establecer que no había distinción real entre el Padre y el Hijo, porque esta circunstancia se funda en los mismos testimonios que el hecho principal. Berault-Bercatel afirma en términos precisos que la voz consustancial fué desechada efectivamente en este concilio, á causa del grosero sentido que le daba Pablo; y con todo, dice no menos expresamente, que éste negaba la consustancialidad del Hijo con el Padre; lo que significa que no aplicaba esta expresión al Hijo en ningún sentido. Sin embargo, se congratula de haber comprendido mejor que otros autores las sutilezas de este herejiarca.

legas de Italia: tanta era la notoriedad aun á los ojos de los paganos, de que la señal de los verdaderos cristianos era la comunión con la Iglesia de Roma. Dejó Pablo de Samosata algunos discípulos llamados paulianistas, que alteraban la forma del bautismo.

Murió el Papa San Dionisio en 26 de Diciembre del año 269, y probablemente antes que la carta del concilio de Antioquia hubiera llegado á Roma. A los cinco días fué electo en su lugar San Félix, que ocupó la Santa Sede cinco años, y murió mártir reinando Aureliano. Aprobó la condenación de Pablo Samosatenó, y con este motivo escribió una carta á Máximo, obispo de Alejandría, en la que establecía la doctrina de la Iglesia sobre la eternidad del Verbo, y su hipostática unión con la humanidad. Tuvo por sucesor á Entiquiano, cuyo pontificado duró unos nueve años.

A pesar de su mucha edad, se había puesto en camino Firmiliano de Cesarea para asistir al concilio segundo de Antioquia. Ya se ha visto en otro lugar el interés que tomó en diferentes circunstancias por los negocios de la Iglesia durante su episcopado, que duró unos cuarenta años. Criado en el paganismo, se cree con bastante probabilidad, que debió su conversión á las instrucciones de Orígenes.

El emperador Galieno, que solo pensaba en sus placeres en medio de los desastres públicos, vino á ser víctima de una conspiración formada contra él por el prefecto del pretorio y muchos generales indignados de su molición. Fué asesinado en 268, y en seguida los conspiradores arrojaron del Capitolio á su hermano é hijos. El ejército nombró por sucesor á Claudio, segundo de este nombre, experimentado general, cuya elección fué aprobada por el pueblo y el senado. Después de un corto reinado, pero señalado con grandes victorias contra los godos y germanos, murió de una fiebre maligna el año 270. Inmediatamente fué proclamado Aureliano, que con su valor y habilidad acabó de restaurar el imperio. Contuvo é arrojó á los bárbaros y les alcanzó muchas victorias, reformó la disciplina militar, reconquistó en Oriente las provincias de que Cenoobia se había apoderado, reprimió una egiptocia en Egipto, y finalmente, sujetó á los galos, que hacia muchos años reconocian emperadores particulares. También dedicó su atención y desvelos á la administración de justicia, y aboló muchos abusos con leyes sabias; pero su natural severidad le arrastró varias veces mas allá de lo justo. Sacrificó á muchas personas, generalmente por ligeras causas y con débiles pruebas, y esto le atrajo el odio común.

Sobre todo, los cristianos tuvieron que sufrir mucho de su crueldad. Era hijo de una sacerdotisa del templo del sol, supersticioso por naturaleza, y muy aficionado á la adivinación pagana. En una crítica circunstancia, en que los bárbaros alcanzaron alguna ventaja, hizo que se consultaran los libros de las Sibilas (1), y escribió

(1) Los libros de las Sibilas eran una colección de supuestos oráculos, que se guardaban respetuosamente y se consultaban en los peligros públicos, co-

al senado que no dejaria de enviar víctimas y cantivos: en lo que se advierte que debia aún la costumbre de sacrificar á sus semejantes, á pesar de la prohibición que hacian las leyes. Concíbese por tanto, que este emperador habia de participar de todas las preocupaciones populares contra una religion, que profesaba un profundo desprecio de todas estas supersticiones. Mientras estuvo ocupado en sus expediciones militares, solo manifestó sus disposiciones en actos particulares, sin promulgar ninguna ley general; pero esto no impidió que en las Galias hubiese gran número de mártires, que fueron atormentados y sacrificados, interin se ocupaba él en reducir á la misma provincia en el año 273. Citaremos á los mas célebres: San Prisco, muerto con otros muchos fieles en los montes de Auxerrois, donde se habían escondido para librarse de la persecucion; Santa Colomba virgen, particularmente honrada en Sens, donde se cree fué sacrificada; San Sabiniano, obispo, que murió en Troyes con otros muchos cristianos; en fin, en Autun San Reveriano, tambien obispo, y San Pablo, presbítero, con diez compañeros.

Pero cuando Aureliano se vió libre de los obstáculos ó de los temores que le inspiraban los bárbaros ó los usurpadores, se dejó llevar de la impetuosidad de su odio, y publicó sangrientas leyes contra los cristianos. No surtieron por el pronto todo el efecto que de ellas esperaba, porque la providencia de Dios, para manifestar cómo se burla de los preceptos humanos, permitió que este emperador fuese muerto cuando sus edictos apenas habian llegado á las provincias distantes. Mas como el imperio vacó muchos meses, el odio de los magistrados y el fanatismo de los pueblos aprovecharon el interregno para atormentar á los cristianos á la sombra de las últimas leyes de Aureliano: de manera que la persecucion que principió antes de su muerte, continuó algun tiempo despues. Sufrieron entonces el martirio en Roma el Papa Félix y San Sabás, de origen godo, y oficial en las tropas romanas; en Porto San Eutropio y sus dos hermanas, Santa Bonesia y Santa Zosima, con cincuenta soldados á quienes convirtieron sus exhortaciones: en Preneste ó Palestrina, San Agapito, de edad de quince años, que manifestó un valor tan admirable, que el ejemplo de su constancia convirtió al notario Anastasio, decapitado juntamente con él. Citaremos en Oriente, entre otros menos conocidos, á San Mamas, que sufrió el martirio en Cesarea de Capadocia, y cuyo nombre ha logrado celebridad por los elogios de San Basilio y San Gregorio Nacianceno.

Extendióse la crueldad de Aureliano hasta su familia, y llegó á mo que en aquellos se encerraba el secreto de los destinos de Roma. Hoy se encuentran varios con igual nombre; pero aunque los hayamos citado algunos Padres antiguos, han reconocido todos los críticos que son obras apócrifas, fabricadas en el II. siglo, á excepcion, sin embargo, de algunas partes citadas anteriormente, y que se han ingerido para disfrazar el fraude. Hallanse en ellos muchas predicciones relativas al cristianismo.

ser la causa de su muerte. Su secretario y algunos oficiales que se creían poco seguros, se arrojaron sobre él y le asesinaron en 275. Por espacio de algunos meses titubearon en la elección el ejército y el senado, cediéndose mutuamente el honor de designar emperador. Por fin, el 25 de Setiembre del mismo año eligió el senado á Tácito, porque concibió grandes esperanzas de su mérito y virtudes. Puro á los seis meses de su reinado pereció en una sedición. El ejército de Oriente eligió á Probo, general célebre por sus victorias, y que cuando emperador sostuvo dignamente su reputación. Durante su reinado de seis años, contuvo á los bárbaros, reprimió sus empresas, rechazó á los francos, borgoñones y á otros pueblos germanos que invadieron parte de las Galias; derrotó muchas veces á los godos y sármatas en la Iliria, y obligó en el Oriente al rey de los persas á que pidiese la paz á los romanos.

En el año segundo de este reinado fué cuando apareció en la Mesopotamia el heresiarca Manes, autor de una secta tan infame como extravagante. Era natural de Persia y esclavo, y se llamó Coubric. Compróle á la edad de siete años una viuda muy rica, que por no tener hijos suyos adoptó á este esclavo, é hizo que le instruyesen con cuidado en las ciencias de los persas. A la muerte de esta viuda heredó todos sus bienes, y para que se olvidase su primer estado, mudó el nombre de Coubric en el de Manes, que significa en aquel idioma *discurso*, porque creía ser un excelente dialéctico y tener el don de la palabra. Los griegos mudaron este nombre y le llamaron Maniqueo. Habiendo hallado entre los libros de su bienhechora uno de un tal Scythiano, que vivía en Egipto á mediados del II siglo, y que enseñó que el mundo era obra de dos opuestos principios, el uno bueno, y malo el otro; adoptó Manes esta doctrina, y la enseñó entre algunos discípulos que se encargaron de propagarla por diferentes parages. Para seducir mas fácilmente á la multitud, se atrevió á lisonjearse de que hacía milagros: aprovechándose de algunos conocimientos adquiridos en la medicina, prometió curar por sus oraciones al hijo del rey de Persia que estaba peligrosamente enfermo; pero habiendo aquel muerto, le pasieron preso por impostor. Halló una ocasión de escaparse y se fugó á Mesopotamia, donde dijo que era el Paráclito, que debía enseñar á los hombres toda verdad; porque habiendo tomado en su prisión un ejemplar de las Santas Escrituras, concibió el proyecto de mezclar su absurdo sistema con algunas ideas cristianas, y anunciarse como reformador de la religión. Luego que llegó á la Mesopotamia tomó un tono de inspirado, para seducir á un cristiano llamado Marcelo, que era respetado de todo el mundo por sus virtudes y limosnas. Aprovechóse Marcelo de esta coyuntura, para atraerle á una conferencia con el obispo Arquelao que le confundió en público. No fué mas feliz el heresiarca en otra conferencia que tuvo con un santo clérigo llamado Trifon. El pueblo, irritado con

sus blasfemias, quiso apedrearle: por lo que tuvo que huir y volvió á caer en manos del rey de Persia, que hizo desollarle vivo y echar á las fieras su cuerpo. La piel heñichida de paja fué clavada en una puerta de la ciudad. Sus discípulos siguieron publicando su infame doctrina; y como en sustancia reproducía todos los errores ya enseñados por otros hereges pertenecientes á las diferentes secciones del gnosticismo, no tardó la secta en reunir los restos de casi todas las que hasta entonces habían aparecido. Era el dogma fundamental de los maniqueos, como lo acabamos de indicar, la distinción de dos opuestos principios, uno bueno y otro malo, cuya lucha producía la mezcla de bueno y malo que se encuentra en el mundo. Uno de estos dos principios, igualmente eternos, era el principio de la luz, y el otro el de las tinieblas. Cada uno de ellos al crecer había producido seres ó genios subalternos de naturaleza semejante á las suyas. Primeramente, cada uno había tenido su imperio en un todo separado é independiente; pero las disensiones y guerras que sin cesar agitaban el imperio de las tinieblas, obligaron á ciertos genios malos á que penetrasen en el espacio luminoso donde el principio bueno reinaba, y de esta irrupción nació el mundo: porque el principio bueno había procurado entonces poner orden en el imperio de las tinieblas, y para este efecto había esparcido varios rayos de luz; de manera que el mundo estaba formado de la mezcla de ambos. Contaban los maniqueos hasta setenta sistemas que ellos imaginaron para explicar por su medio la producción de los diferentes seres. Como la luz, extendiéndose y apartándose del foco, sufría degradaciones sucesivas; estos hereges para dar razon del misterio de la Trinidad, decían, que el Padre era la luz pura y central, el Hijo la luz que se manifiesta en el sol y en los astros, y el Espíritu Santo la luz que reside en el aire. El principio de las tinieblas era tambien mas ó menos toscos; y como la materia era el producto de este principio, sostenían los maniqueos que Jesucristo no había encarnado sino en apariencia, y con el mismo pretexto negaban la resurrección de la carne. En cada hombre admitían dos almas, una procedente del bien principio y otra del malo. La redención tuvo por objeto proveer á la primera de los medios de libertarse del imperio de las tinieblas, para volver al seno de la luz increada: tal era tambien el fin de las prácticas austeras que los maniqueos recomendaban. Las almas, que no empleaban estas prácticas, despues de la muerte eran atormentadas por los genios malos por limitado tiempo, y luego se volvían á encerrar en otros cuerpos, y á veces en los de los animales ó en las plantas, segun los crímenes que hubiesen cometido. Como creían animadas á las plantas, escripuzlaban de coger frutos ó segar las yerbas para no incurrir en el delito de matar; y así condenaban la agricultura, como que no podía ejercerse sin cometer muchos delitos de esta clase. Las almas de los que arrancaban una planta ó mataban un

animal, debían, despues de la muerte, ser encerradas por castigo en el cuerpo de otro animal ó en otra planta. Sin embargo, no dejaban de comer los frutos cogidos ó el pan preparado por otros, porque así se figuraban libertar las partículas del principio luminoso encerradas en la materia. Pero antes llenaban de maldiciones á los que habian cogido ó preparado los alimentos. Abstendianse rigurosamente del vino, de la carne, de los huevos y del queso; porque todas estas cosas, según ellos, no contenian parte alguna de la sustancia divina. Condenaban el matrimonio y la generacion, como que sus efectos eran someter el alma al imperio del principio malo, encerrándola en la materia. No por eso dejaban de entregarse á toda suerte de desórdenes, y justificaban sus mas infames acciones, atribuyéndolas á la tiranía del principio malo, porque no admitian en el hombre la libertad propiamente dicha. Desechaban el antiguo Testamento, como obra del mal principio, y trataban de idolatría el culto de los santos y el honor que se da á las reliquias é imágenes. Tampoco hacían caso del bautismo, y en la celebracion de sus misterios empleaban encantos, fórmulas de invocaciones secretas, y cometían otras infamias que no podemos referir. Entregábanse como los gnósticos, á todas las abominables prácticas de la magia. Últimamente, condenaban la guerra, el gobierno civil y toda especie de autoridad.

No obstante la extravagancia de sus principios, la secta de los maniqueos hizo progresos rápidos y subsistió mucho tiempo. De la Persia, en que nació, se extendió sucesivamente por otras provincias hasta la extremidad del Occidente. En Cartago habia muchos, y aun en Roma, desde el siglo IV. Mas adelante veremos que con frecuencia se ocultaban entre los fieles, y asistian á sus iglesias juntos para no ser notados. Un doctor entre ellos llamado Pablo, predicó en Armenia el maniqueísmo hácia mediados del siglo VII, y los frutos que logró hicieron dar á sus sectarios el nombre de paulinos. De tal modo se aumentó su número en adelante, que hácia el fin del siglo IX se hallaron en estado de luchar mucho tiempo con las armas contra el imperio de Oriente. Al fin sucumbieron, y entonces se dispersaron por diferentes parages, y principalmente se establecieron en la Bulgaria, luego en Lombardia, de allí penetraron en Alemania, Francia é Inglaterra con los nombres de búlgaros, cataros, popelicanos &c. Público es lo terrible que se hicieron en el Languedoc y la Provenza con el nombre de albigeneses.

Tenían los maniqueos un celo y habilidad increíbles para instruirse en los ánimos y hacer prosélitos. Aparentaban unos que no usaban mas que los términos de las Santas Escrituras, y que su doctrina y dogmas mas importantes eran idénticos á los de los católicos; otros aseguraban, que todas las religiones son en el fondo una misma, y solo difieren en las ceremonias y en los dogmas accesorios: todos se jactaban no solo de enseñar la verdad, sino de

que la hacían comprender, y despreciando la fé que obliga á creer lo que no se comprende, prometían no enseñar nada que no pudiesen explicar y probar. Representaban como supersticiones y tachaban de idolatría las prácticas y culto de la Iglesia. Procuraban seducir á las gentes sencillas con palabras humildes, ayunos, rostro pálido y descuidado traje, indicios todos de grande austeridad. Dividíanse en dos clases: los elegidos que estaban iniciados en todos los misterios de la secta, y hacían profesion de pobreza y de una abstincencia muy rigorosa; y los oyentes que podían poseer bienes y vivir poco mas ó menos como los demas hombres. Había doce entre los primeros, que tomaban el nombre de maestros, y el que hacia trece, que era el gefe ó cabeza, á imitacion de Manes, se llamaba Paráclito, con sus doce apóstoles. A las órdenes de estos estaban setenta y dos obispos y muchos sacerdotes y diáconos.

Manes habia expuesto su doctrina en muchas obras, que llevaban títulos fastuosos: el Evangelio vivo, el Tesoro y los Misterios. Tambien sus discípulos publicaron libros apócrifos, entre otros un Evangelio que atribuyeron á Santo Tomás, y las fabulosas historias que se conocían con los títulos de Memorias y Actas de los apóstoles.

Proscribióse esta infame secta por las leyes del imperio, tanto por la magia que profesaban, como por el ódio que tenían los romanos á los persas, en cuyo pais tuvo su origen. Diocleciano, por el año 296, dirigió al prefecto de Egipto un rescripto, en que se decretaban las penas mas severas contra ellos. Mandaba que los gefes fuesen quemados con sus abominables libros: que las personas distinguidas fuesen condenadas á las minas, y confiscados sus bienes; y á todas las demas se les cortara la cabeza. Esta ley se conservó por los emperadores cristianos; pero en la práctica se suavizó su rigor. Muchas leyes proclamadas despues por Valentiniano, Graciano, Teodosio y otros emperadores posteriores, decretaron varias penas contra los maniqueos, y reservaron la capital para los principales doctores de ella. En ellas se prevenía que los maniqueos saliesen desterrados de todas las ciudades, eran declarados infames, privados del derecho de testar y heredar, incapaces de celebrar contratos, de comparecer en juicio, y de obtener empleo alguno. Prohibíaseles sobre todo, reunirse en juntas; y como buscaban todos los medios de disimulacion para eludir las pesquisas, se mandó que todo el mundo los denunciase aun sin formas jurídicas.

Ademas del obispo Arquelaos que refutó la heregía de Manes en una conferencia de que existe una traduccion latina, contaba la Iglesia entonces un número considerable de ilustres doctores que opinaban idénticamente. Citaremos á San Victoriano, obispo de Petovio, que tambien escribió contra los errores de los maniqueos, y habia publicado algunos comentarios sobre la Escritura, de que apenas nos queda nada; el presbítero Pierio, que refutó la escuela

de Alejandría mucho tiempo y con tan gran lucimiento, que le llamaban Orígenes el jóven; y en fin, San Anatolio, también alejandrino, que luego fué obispo de Laodicea en 269. Este habia adquirido una extraordinaria reputacion por sus vastos conocimientos, así en las ciencias profanas como en la de la religion. Tenemos de él un cánon pascual, donde demuestra que no debe celebrarse la Pascua hasta despues del equinoccio de primavera, fijándole en 22 de Marzo.

Haciéndose aborrecible á los soldados el emperador Probo por su rigor en la disciplina, fué muerto en Iliria en el año 282. Sucedióle Caro, prefecto del pretorio, que al momento dió el título de César á sus dos hijos, Carino y Numeriano. Despues de vencer á los sármatas en la Pannonia, marchó al Oriente contra los persas, y logró muchas ventajas. Pero en medio de sus triunfos le mató un rayo en 284. Numeriano, su hijo, quedó casi ciego á fuerza de llorar, y le asesinó á pocos meses su suegro Afer. Proclamó el ejército á Cayo Aurelio Valerio Diocles, que tomó el nombre de Diocleciano, y principió su reinado en 17 de Setiembre de 284. Carino se dispuso á combatirle; pero al año siguiente le mataron sus soldados, y quedó Diocleciano pacífico dueño del imperio que dividió con su hijo Maximiano, ya declarado César. Fué conocido el reinado de estos dos emperadores por los edictos sanguinarios y crueldades inauditas contra los cristianos, cuya tranquilidad nadie habia alterado desde Aureliano, salvo algunas persecuciones locales y particulares. Introdujo Diocleciano una era nueva, mandando que en adelante se contasen los años desde el primero de su reinado. Este modo de contar fué usado doscientos y cuarenta años, es decir, hasta que fué sustituido en el reinado de Justiniano con la era de la Encarnacion de nuestro Señor Jesucristo. La de Diocleciano fué llamada por los cristianos era de los mártires.

Murió el Papa San Eutiquiano á 7 de Diciembre de 283, despues de ocupar la Santa Sede cerca de 9 años. Tuvo por sucesor á San Cayo, originario de Dalmacia, y segun dicen, pariente del emperador Diocleciano. Atribuyese á este Papa un reglamento en que se mandó que los clérigos no fuesen elevados al sacerdocio ni al episcopado, sin haber pasado por las inferiores órdenes; lo que antiguamente no se habia observado, como se ha podido advertir por algunos ejemplares referidos en esta historia. Alcanzó Cayo la corona del martirio, despues de haber gobernado la Iglesia mas de doce años, y en medio de circunstancias muy calamitosas. Por lo demás sabemos muy pocos pormenores de las vidas de estos dos Papas.

LIBRO VI.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE DIOCLECIANO AL IMPERIO, HASTA LA CONVERSION DE CONSTANTINO.

NACIDO en Dalmacia Diocleciano de una oscura familia, reunia las virtudes de un gran príncipe á los vicios de un tirano. Capitan hábil, político profundo, dotado de un ingenio vivo y capaz, dueño siempre de sus acciones é impenetrable en sus designios, fué á un tiempo cruel, avaro, desconfiado y de una insoportable vanidad. Arruinó con impuestos á los pueblos; quiso que lo adoraran como dios; derramó torrentes de sangre con sus edictos contra los cristianos; y disimulando con destreza las pasiones que impelian sus acciones, tuvo siempre el arte de cubrir sus injusticias y crueldades con la apariencia del bien público, ó achacar todo lo odioso á sus colegas y ministros.

A los dos meses de su advenimiento al imperio, Diocleciano confirió el título de César á Maximiano Hércules, soldado de fortuna, indigno de este honor, tanto por la innoble grosería de sus costumbres, como por la rudeza y ferocidad de su carácter. Era horriblemente desenfrenado, de una violencia y crueldad brutales: se entregaba sin miramiento al furor de sus pasiones, y no cuidaba siquiera de ocultar sus defectos. Pero era ciegamente adicto á Diocleciano, y éste hallaba en él un instrumento dócil cuando queria emplearle en un atroz castigo, sin que se trasluciese por dónde venia el golpe. Esta adhesion mereció prontamente á Maximiano el título de Augusto con que fué saludado en la primavera de 286. Veinte años reinaron juntos los dos emperadores sin que en nada se alterase su conformidad.

Como el imperio estaba expuesto sin cesar á guerras civiles ó extrangeras, no le pareció suficiente á Diocleciano la asociacion de un colega para asegurar su permanente dominacion, y añadió otros dos en el año 292 con título de Césares; á saber, Galerio y Constancio Cloro. Maximiano adoptó á este, á quien hizo casar con Teodora, su nuera, despues de obligarle á repudiár á su muger Helena, en la que habia tenido ya á Constantino, que llegó á ser emperador. Diocleciano adoptó á Galerio, le puso el nombre de Maximiano, y le casó con su hija Valeria. Constancio procedia de distinguida familia, y se habia hecho célebre por sus felices expediciones contra los sármatas, á quienes logró arrojar de las provincias del Asia. No se halla en la historia de su vida ningun vicio considerable; antes se conserva la memoria de su bondad, de su modestia y de su desinterés. Al contrario Galerio, bárbaro de origen, no le desmintió nunca. Sus formas atléticas, su instinto san-